

Sobre las Gachas

Sr. D. Age.

Garrucha.

Estimado Sr. mío: Enterado de que el simpático periódico de esta IDEAL, ha publicado un bien escrito y ameno al par que, en cierto modo, sustancioso artículo, sobre cual es el caldo más propio y *ad-hoc* para las *gachas*, si el caldo de *cebolla* ó el llamado *pimentón*, voy á permitirme, volviendo por los fueros de las *gachas* y del caldo que luego diré, terciar—y digo *terciar* con relación á los caldos en el asunto, exponiéndole *motu proprio* mi respetable opinión—al menos, para mí, lo es y razón es que alguna vez le hable con sinceridad y franqueza en letras de molde—sobre la materia.

Mi parecer Sr. Age, es que el caldo propio, natural, legítimo, genuino, y no digo clásico por temor á que los que así se llaman pudieran darse por ofendidos viendo empleada su denominación en cosas tan vulgares como esto de las *gachas*, es el caldo *quemado*. Es decir, un caldo que no es el de *cebolla*, ni el de *pimentón*: vaya, un caldo, como si dijéramos, terciado en discordia, y que no se parece ni con lanas de cien borregos á ninguno de aquellos otros dos, salvo, por supuesto, en que como en ello su principal factor ó componente, ó base ó como quiera decirse, es el *liquido elemento*, quiero decir, el agua; y el cual caldo se hace, segun mi cocinera, que si no es un Brillat-Savain, sabe en esto de caldo para *gachas* tanto ó más que aquel podía saber de *pudding*, *plumcake* ó *foiegras*, de la manera siguiente: Se pican dos ó tres dientes de ajo y otros tantos pimientos colorados—esto de que los pimientos sean colorados es requisito esencial, conste—secos, se sacan y en el mortero, en el cual se tendrá de antemano preparado pimienta, comino, clavo, canela y azafran se pican aquellos—los ajos y los pimientos—añadiéndose pimienta molida en el caso de que no fuese bastante el pimiento colorado ante dicho para darle color al caldo: todo esto se reahoga en el mismo aceite en que se friyeron los ajos y pimientos, echándose agua y sal al gusto y se quita de la lumbre antes de que rompa á hervir.

Escrito lo anterior, llega á mis manos el número de IDEAL á que hago referencia anteriormente, y leído el artículo también de referencia, me ratifico *de visu* en cuanto á lo que de él dije antes por *oidas* acerca de su valor literario y aunque con el debido respeto á la ilustrada opinión del Sr. Age, también me ratifico, corroboro y hasta si se quiere, aprieto en mi parecer y el de mi cocinera, sobre el caldo propio de las consabidas *gachas*.

Con lo que, y la declaración de que la presenta va *fuera de concurso*, aunque pudiendo Ud. hacer de ella el uso que á bien tenga, se reitera de Ud. atento, amigo y S. S.

q. s. m. b.

Un bañista.

La plaga del Mar

Cuestión es esta interesantísima que afecta á la vida de las poblaciones marítimas, apesar de que algunos colegas vienen tomando á chacota la tal plaga, porque no se han fijado en su trascendencia.

Se trata de la subsistencia de nuestros sufridos marinos, hoy dificultada porque la dicha plaga impide en absoluto, la pesca con redes que es la más abundante. Y si ellos están imposibilitados de ganarse el pan, también esa escasez de pescado afecta grandemente á los consumidores, que tienen que pagar más caro por su escasez, el único pescado que se obtiene ahora por la pesca del anzuelo, que es la sola que puede practicarse.

Y eso faltaba ahora á este desventurado país, después de las calamidades que pesan sobre él, agravadísimas desde que empezó la guerra europea.

Falto casi en absoluto en este litoral la importación del mineral de hierro por lo cual quedaron paradas la mayor parte de las minas de esta región y falto la carga de esos minerales dejando inactivos millares de hombres que obtenían así el alimento para sus familias y como si eso no fuese calamidad bastante, el encarecimiento de los artículos alimenticios, vino á agravar la triste situación de esos pobres.

Pero se pasó el invierno como se pudo. El mar siempre pródigo multiplicó los peces, abrió su seno y henehió las redes de los marinos de ricas sardinas y boquerones, facilitando el trabajo y proveyendo al país de abundante comida barata, para el alimento de sus hijos. Pareció repetirse el milagro de la multiplicación del pan y los peces en el Tiberiades.